



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.  
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón  
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón  
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach  
 Redactor Jefe: Santiago Mendive. Digital: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes.

Economía: Luis Humberto Menéndez. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino  
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.  
 Imprime: Impresa Norte S. L.  
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por Chaime Marcuello Servós

## Consecuencias

Robespierre (1758-94) y Popper (1902-94) apelaban, cada uno a su manera, a la razón para conseguir sus propósitos. Pero el modo de razonar y, sobre todo, el modo de actuar fue bien distinto, pese a usar palabras similares

He releído a Robespierre (1758-94) y a Popper (1902-94) por razones de trabajo. El primero pasó a la historia de Francia como revolucionario radical, líder firme y sin piedad que no dudó en aplicar la guillotina y el terror al servicio de su idea de República. El segundo, vienes, exiliado a las antipodas y, finalmente, instalado en Reino Unido, fue un filósofo de la ciencia destacado del siglo XX y defensor convencido de la sociedad abierta y de la democracia liberal. Cada uno a su manera apelaba a la razón para conseguir sus propósitos. Pero el modo de razonar y, sobre todo, el modo de actuar fue bien distinto, pese a usar palabras similares y contar ambos con mentes singulares. Para ello basta comparar sus textos y su acción pública.

Robespierre, en nombre del pueblo y de los principios republicanos –libertad, igualdad, fraternidad– pasó por la guillotina a sus enemigos. Daba igual que fueran moderados o ‘royalistas’, no cabía el perdón. Popper sufrió el nazismo, tuvo que exiliarse y se caracterizó por mantener su ‘racionalismo crítico’ como forma de ser. Llevó una vida dedicada al estudio, la investigación y la pasión por el conocimiento, pero también a luchar intelectualmente contra los totalitarismos que sufrió de manera directa. Por eso, estoy casi seguro de que no le interesó en ningún momento leer a Robespierre. Pero quién sabe, no cabe preguntarle.

Ambos insisten en la verdad. Buscan la verdad y hacen lo posible por conquistar un mundo mejor. Incluso las palabras del gran gestor del Terror resuenan con cierto encanto si se leen hoy. Por ejemplo, el discurso de 5 de febrero de 1794 donde detallaba «los principios de moral política que deben guiar [...] la administración interior de la república».

Propone un alegato seductor: «Queremos sustituir en nuestro país la moral por el egoísmo, la probidad por el honor, los principios por las costumbres, los deberes por el decoro, el imperio de la razón por la tiranía de la moda, el desprecio por el vicio por el desprecio por la desgracia, el orgullo por la insolencia, la grandeza de espíritu por la vanidad, el amor a la gloria por el amor al dinero, las buenas personas por las buenas compañías, el mérito por la intriga, el genio por el espíritu bello, verdad por el lustre, el encanto de la felicidad a los problemas de la voluptuosidad, la grandeza del hombre a la mezquindad de los grandes hombres, un pueblo magnánimo, poderoso, feliz, a un pueblo amable, frívolo y miserable, es decir, todas las virtudes y milagros de la república a todos los vicios y ridículos de la monarquía». ¿Quién puede oponerse?

**«El racionalista prefiere fracasar en el intento de convencer a otra persona mediante la argumentación antes que lograr aplastarla por la fuerza»**

Cualquiera que ocho páginas después lea: «Si el resorte del gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, la base del gobierno popular durante una revolución es tanto la virtud como el terror; la virtud, sin la cual el terror es nefasto; el terror, sin el cual la virtud es impotente. El terror no es más que una justicia rápida, severa e inflexible; es, por tanto, una emanación de la virtud; es menos un principio en sí mismo, que una consecuencia del principio general de la democracia, aplicado a las necesidades más urgentes de la patria». O quizá no. Algunos políticos de hoy argumentan como Robespierre. Han venido a cambiar la vida de la gente. Tienen su verdad y su razón, con una idea de ‘igualdad’ que debe triunfar a toda costa.

Si a esto se contraponen la conferencia de Popper ‘Utopía y violencia’, Bruselas junio de 1947, la verdad y la razón se ven de otro modo. Decía: «¿Cómo puede llegarse a una decisión? Hay, fundamentalmente, solo dos caminos posibles: la argumentación (inclusivo con argumentos sometidos a arbitraje, por ejemplo, ante alguna corte internacional de justicia) y la violencia. O, si se trata de un choque de intereses, las dos alternativas son un compromiso razonable o el intento de destruir al rival». Y deja claro cuál es su propuesta: «El racionalista [...] es un hombre que trata de llegar a las decisiones por la argumentación o, en ciertos casos, por el compromiso, y no por la violencia. Es un hombre que prefiere fracasar en el intento de convencer a otra persona mediante la argumentación antes que lograr aplastarla por la fuerza, la intimidación y las amenazas, o hasta por la propaganda persuasiva».

*Chaime Marcuello Servós es profesor de la Universidad de Zaragoza*



HERALDO

### EN NOMBRE PROPIO

José María Serrano Sanz

## Zaragoza en 1908

Cuando pensamos en la Zaragoza de 1908 a todos se nos viene a la mente el Centenario de los Sitios, la Exposición Hispano-Francesa, la urbanización de la Huerta de Santa Engracia o el maravilloso cuadro de Juan José Gárate, ‘Vista de Zaragoza’, que resume aquel momento a través de algunos de sus principales protagonistas (Santiago Ramón y Cajal, Segismundo Moret, Basilio Paraíso, Florencio Jardiel, Mariano de Cavia...), la imagen de la ciudad desde el monte Torrero y un cuadro de jotas. Acaso evocamos los monumentos de Querol a Los Sitios o de Benlliure a Agustina y es seguro que pensaremos también en el estreno de la ópera ‘Zaragoza’, con libreto de Benito Pérez Galdós.

Es menos conocido que durante el otoño de 1908 Zaragoza se convirtió, al decir de un periódico madrileño, en «la capital cultural de España», mientras otro la denominaba «una verdadera Atenas» por la gran cantidad de congresos de primer nivel y de los más variados temas que entonces se celebraron. Historia, Economía, Educación, Agricultura, Ciencia... de todo se debatió en Zaragoza, con buen nivel y asombro de la prensa. Pero quizá el momento culminante fue la constitución de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, promovida por Moret, y la celebración de su primer congreso cuya sesión de clausura presidieron los Reyes y en la que intervinieron entre otros los dos Premios Nobel españoles, José Echegaray y Santiago Ramón y Cajal.

*Académico de Ciencias Morales y Políticas y catedrático de Economía de la Universidad de Zaragoza*

### CON DNI

Víctor Orcástegui

## Ojo al campo

A lo largo de la etapa democrática no han sido extrañas las movilizaciones de los agricultores. En un país en el que los únicos campos que habitualmente interesan son los de fútbol, de vez en cuando los protagonistas de la ganadería y de la agricultura han tenido que hacerse presentes en las calles para impedir que los gobiernos y la sociedad se olvidasen de sus problemas. Pero quizás sea un error, ante las manifestaciones que vemos estos días, pensar que se trata de un episodio más de las clásicas reivindicaciones del campo que se disolverá en la cambiante actualidad, como ha solido ocurrir, rápidamente y sin secuelas. En primer lugar, porque el sector agrícola –del que no solo comemos, sino que representa una porción imprescindible de nuestras ex-

portaciones– puede verse de inmediato en el ojo del huracán de las políticas contra el cambio climático. Pero además, porque la protesta de los agricultores puede unirse a otros movimientos de fondo que ya se han detectado en la sociedad española. Porque los mapas de la España agrícola, de la España despoblada, de la España interior y de la España ayuna de infraestructuras e inversiones es cierto que no coinciden al milímetro, pero sí se superponen en una gran medida. Existe ahí un potencial político nada desdeñable si las quejas y reivindicaciones del mundo rural y de las provincias despobladas encuentran un catalizador común. Y en una época en la que el panorama político dista mucho de ser estable, sus efectos podrían tener un alcance imprevisto. Ojo, pues, al campo. Y que no piense el Gobierno que este es un asunto secundario al que puede arriesgarse a no prestar demasiada atención.